

## **DOMINGO DE RESURRECCIÓN**

1ª lectura (Hechos 10, 34a.37-43): *Pasó haciendo el bien.*

Salmo (117, 1-2.16ab-17.22-23): *«Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo»*

2ª lectura (Colosenses 3, 8-14): *Buscad los bienes de allá arriba.*

Evangelio (Juan 20, 1-9): *Entró en el sepulcro; vio y creyó.*

***«No lloréis, no estéis tristes, no perdáis la paz... Jesús ha resucitado. No lo busquéis entre los muertos, ni lo lloréis en una tumba...no lo vais a encontrar allí».***

Él está con nosotros, como siempre, a nuestro lado. Lo reconoceremos en la comunidad, al reunirnos en su nombre; lo escucharemos en su Palabra; lo sentiremos en la celebración de la fe, en los sacramentos; lo acogeremos en los empobrecidos y necesitados. Él nos seguirá encontrando, iluminando nuestro camino, orientando nuestras búsquedas. Jesús no está en una tumba, ni es un recuerdo del pasado. Él continúa con la comunidad, con la Iglesia, es el centro de nuestra vida y de nuestra misión.

Los discípulos sabían que Jesús era quien abría el camino y marcaba la senda, ellos solo tenían que seguir sus pasos. Lo siguieron en la fértil Galilea, junto al lago. Estuvieron junto a Él camino de Jerusalén. Sufrieron el desgarramiento de verlo atravesado en la cruz... Pero en ese recorrido, también lleno de sombras, reconocieron al mismo Señor resucitado, abriendo nuevos caminos, señalando nuevas metas, proponiendo una nueva misión. Jesucristo hoy sigue marcando el ritmo y guiando a la comunidad: ser testigos del resucitado y anunciarlo hasta los confines del mundo.

Jesús ya lo había advertido: ***«El Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar».*** Dios, una vez más, vuelve a cumplir su Palabra. Ni nos deja solos ni nos dejará. Cuando esta noche hemos escuchado el mensaje de la Escritura reconocemos la presencia de Dios con su pueblo a lo largo de mil circunstancias y situaciones. Hoy le damos gracias por su presencia, por su amor, por su misericordia. Nosotros también reconocemos su presencia y compañía en nuestra vida. Él cumple su Palabra y hace un pacto de permanencia con nosotros.

Al reconocer a Jesús resucitado somos convocados a vivir su misión. Anunciar y hacer realidad la Buena nueva de su amor allí donde estemos. La Iglesia y los cristianos continuamos su tarea y nos convertimos en testigos de su amor y su entrega. Somos artesanos de misericordia con todos, especialmente con los que sufren y lo pasan mal, con las víctimas de nuestro mundo, ser testigos de la Resurrección es poner luz y esperanza en las situaciones de oscuridad. El encuentro con Jesús nos lanza a ser trabajadores por un proyecto de amor y de vida para todos. Testigos de la Resurrección, artesanos de la misericordia.

La Resurrección no significa el final rosa de un drama doloroso, sino el comienzo absolutamente nuevo de todo el mundo antiguo bajo el poder de la muerte, recreado por Dios. Comienza la nueva Creación habitada por la gloria de su Hijo. La Resurrección es la exaltación de Jesús como Señor a la derecha del Padre, que es cuando Jesús descubre que realmente es el Hijo eterno de Dios, su identidad última, que de alguna manera había ido emergiendo indirectamente a través de su autoridad y, sobre todo, de su obediencia y pertenencia al Padre, al que se dirige como su Abbá. Jesús percibía en sí mismo su identidad, en su relación con su Abbá.

Sentado a la derecha del Padre, recibe la soberanía del Reino. Lo que antes era ***«Reino de Dios»***, ahora es Reino de Cristo. El Jesús predicador ahora es el Jesús predicado. Ahora es cuando cumple la promesa de darnos su Espíritu, dando comienzo a la era del Reino, del Resucitado, del Espíritu Santo, puesto que la acción del resucitado entre la Ascensión y su segunda venida se realiza por el Espíritu Santo.

Los Evangelios hablan del Resucitado no de la Resurrección. Ahora, pues, centrémonos en el Resucitado, no en la Resurrección. La gente curioseaba sobre la Resurrección, cuando de eso no se habla en el Nuevo Testamento. Solamente se nos dice que el *“sepulcro está vacío”* y que el crucificado vive. Toda pretensión de explicar o curiosear sobre ese acontecimiento está absolutamente fuera de lugar. Lo que cuenta es el Resucitado.

María Magdalena, Pedro y el discípulo amado son los primeros testigos del sepulcro vacío. La sorpresa les hace ir y venir, pero, como a nosotros, les cuesta entender las Escrituras para poder ver el sepulcro vacío y creer en la presencia del Resucitado. No es suficiente con conocer la historia de Jesús; necesitamos que la fe ilumine el signo. Y fe implica *“fiarse”* de las Escrituras y de los testigos apostólicos. Por ello, nuestro cimiento es la fe apostólica.